

TEMA 3: PROVINCIAS OCCIDENTALES: HISPANIA, GALLIA Y BRITANNIA.

Las fuentes para el Imperio de Occidente

Los autores clásicos hicieron múltiples referencias al mundo occidental, tanto a las guerras de conquista, que fueron largas y espectaculares, como a su singularidad geográfica, humana - no hemos de olvidar que, en su mayoría, era un territorio de poblamiento céltico-, o económica, que en algún momento quisieron resaltar. Entre sus fuentes escritas los textos de Julio César (*La Guerra de las Gallias*) o de Tácito (*Vida de Julio Agrícola*) son, en tal sentido, emblemáticos. En general, las obras de los historiadores y geógrafos más comunes (Plinio, Mela, Estrabón, Ptolomeo, etc.) presentan un variado, aunque desigual, campo informativo.

La epigrafía urbana de Hispania es, sin duda, la más completa del Imperio en variedad y cantidad. Contamos con varias piezas que contienen parte de la organización interna de algunas ciudades. La más antigua es la *Lex Ursonensis*, del tiempo de César, que corresponde a la colonia romana de *Urso* (Osuna), de la que conservamos tres tablas de bronce (*tabulae aeneae*); de época de los Flavios son las leyes de los municipios de *Salpensa*, *Malaka* e *Irni*. Todas ellas nos ofrecen indicaciones sobre las características de la vida municipal hispana a partir de este momento. Además, conservamos una respuesta escrita de Vespasiano a una delegación de *Sabora* del 77 en que autoriza a la ciudad, que pasaría a recibir su nombre (*Municipium Flavium Saborense*), para que se reinstale en terreno llano, mientras confirma las rentas concedidas por Augusto y delega en el procónsul la resolución de los problemas de las rentas nuevas; otro documento importante es del emperador de Tito, dirigido al *municipium* de *Munigua*, que había apelado contra la sentencia del procónsul en un pleito sobre los pagos debidos al concesionario de una recaudación de rentas. La vitalidad de las comunidades hispanas de este período se advierte en el puente de Alcántara sobre el Tajo, construido con las aportaciones de doce municipios y concluido en 105-106. Además, es de destacar el "Bronce de *Lascuta*", que recoge la liberación de los esclavos de la ciudad de Hasta por los romanos, en premio a su colaboración en el año 189 a.C. También de época de la conquista es el "Bronce de Alcántara" que presenta un modelo de rendición de una comunidad indígena. De época imperial destacan tres piezas. El "Bronce de Bembibre" que concede la libertad a una comunidad indígena del NW durante su conquista y, además, nos pone al corriente de la creación de una efímera "provincia Transduriense"; los reglamentos de administración del distrito minero de *Vipasca* (Aljustrel, Portugal), correspondientes al siglo II d. C., que aclaran mucho de su funcionamiento y servicios; y el edicto del emperador Marco Aurelio sobre los precios de los juegos gladiatorios (*Edictum de pretiis gladiatorum minuendis*).

Las fuentes epigráficas de las Galias cuentan con dos documentos extraordinarios. Por un lado, el discurso en el que Claudio defendió ante el Senado la incorporación de los galos a la cámara, la denominada "Tabla Claudiana", que fue descubierta en el siglo XVII, fragmentada y grabada en dos columnas; debía figurar en la base de una estatua dedicada al emperador en el santuario federal de las Tres Galias de Lyon. Además, el llamado "Catastro de Orange", conjunto de placas aparecidas en 1949, en lo que debió ser un *tabularium* de la ciudad, y que configuran parte de un catastro de la colonia de

Arausio y de sus zonas limítrofes, hecha en tiempos de César y revisada por Vespasiano, época a la que pertenecen los fragmentos recuperados.

La epigrafía de Britannia nos ofrece un conjunto epigráfico de gran trascendencia en las llamadas “Tabletas de Vindolanda”, depósito de documentos escritos en tablillas de madera, tanto públicos como privados, de las tropas romanas acantonadas en la ciudad. La mayoría tratan cuestiones cotidianas relativas al suministro y otros asuntos prácticos en la vida de la guarnición.

La arqueología urbana y rural ha sido, en toda la parte occidental, siempre muy importante. Las ciudades de todo Occidente han aportado vestigios de gran valor. En Hispania, *Italica* se ha conservado gracias a que permaneció casi sin edificar en épocas posteriores. La nueva ciudad tenía el clásico trazado rectangular; sus calles principales tenían 16 m. y tenían soportales para protegerse del sol y de la lluvia. Las excavaciones han sacado a luz varias casas con *atrium* del más puro estilo italiano; en particular, la conocida, debido a sus pavimentos de mosaico, como “Casa de los Pájaros”, construida en torno a un patio, con dos pozos, que tiene un amplio comedor junto al cual hay un estanque para peces de adorno. Dentro de las murallas de Itálica había dos casas de baños públicos y fuera un teatro y un anfiteatro para 25.000 espectadores. Algo muy parecido podemos encontrar en otras ciudades de este tipo, como *Segobriga* o *Clunia*. Una actividad edilicia similar se registran en otras muchas ciudades grandes y pequeñas del país, que pese a mantener un largo periodo de ocupación a lo largo del tiempo han preservado sus restos y han sido excavadas puntualmente en los últimos decenios (*Caesaraugusta*, *Emerita*, *Corduba*, *Tarraco*, *Carthago Nova*, *Valentia*, etc.).

Algo muy parecido ha ocurrido en Francia, donde se conservan de la antigüedad magníficas muestras urbanas. La romana *Arelate*, actual Arles, fundada por César en el 46 a.C., todavía ostenta un teatro probablemente acabado bajo Augusto, un anfiteatro de fines del siglo I, y un foro con un poco frecuente *cryptoporticus*, galería subterránea con arcos bajo la columnata que rodeaba el recinto. La antigua *Colonia Augusta Nemausus*, la actual Nimes, presenta un bien conservado templo de Augusto (“La Maison Carrée”) y un anfiteatro en muy buen estado. De la Galia septentrional destaca, ante todo, la antigua *Augusta Treverorum* (Tréveris) que empezó siendo un poblado civil que rodeaba a un puesto de tropas auxiliares para transformarse en la típica colonia romana de trazado rectangular a principios del reinado de Claudio. Del s. II datan el anfiteatro y el enorme edificio de baños (*Barbarathermen*); las murallas, del siglo III, abarcaban una ciudad tres veces más extensa que la colonia de Claudio; del siglo IV es la magnífica puerta que aún se conserva, la “Porta Nigra”, y un palacio imperial al que sustituyó una catedral. Un ejemplo urbano destacado de la provincia era la ciudad romana de *Samarobriva* (Amiens) con el clásico plano rectangular, compuesta de grandes *insulae*, un anfiteatro y baños públicos. Como en todo Occidente, en la Galia se confrontan la cultura romana y la céltica autóctona, y nunca resulta fácil distinguir la situación real bajo la capa de la cultura galorromana. Aunque queda poco de los monumentos prerromanos, es evidente que siguió habiendo ciudades celtas sin influjo de las construcciones romanas hasta principios del siglo I como muestran las excavaciones realizadas en Bibracte y Gergovia. Pero también durante el período de mayor esplendor de la Galia romana, de fines del siglo I a mediados del III, contamos con edificios de estilo galorromano (casas de “corredor con alas”), y templos de un tipo autóctono de las

Tres Galias y de Britania, con una nave central rodeada por un pasaje cubierto, de techo apoyado en las columnas, que al parecer servía para que los fieles circularan procesionalmente en torno al dios que ocupaba la cámara del centro. Típico de la Galia fueron, asimismo, los edificios que albergaban conjuntamente un teatro y un anfiteatro. Las casas particulares galorromanas se distinguen de las mediterráneas por tener amplias bodegas y tejados altos de aguda vertiente. En el noreste de la Galia se manifiesta un tipo singular de monumento funerario, con pilares rectangulares adornados con relieves de escenas de la vida del difunto. El ejemplo más característico, de principios del siglo III, se conserva en Igel (Tréveris), erigido para una familia de ricos mercaderes de paños, cuyos curiosos relieves representan a los colonos ofreciendo regalos y a los animales cargados con fardos de telas. En las artes decorativas y en la cerámica parece que a partir del siglo II se dio un resurgir de las formas celtas.

En Inglaterra destacan los conjuntos arqueológicos de *Camulodunum* (Fishbourne), que han revelado construcciones de madera del período inicial de ocupación que parecen haber sido almacenes militares. Esta ciudad, colonia de veteranos del tiempo del emperador Claudio, tuvo después un asentamiento civil junto al puerto, que contaba con baños y posiblemente tiendas, reemplazado, a su vez, hacia el 75 por un enorme palacio de albañilería, cuyo mármol se trajo de Italia; compuesto de tres alas en torno a un patio porticado, ocupaba más de dos hectáreas. En ella había ya un templo dedicado a Claudio, destinado al culto provincial, un edificio para el consejo de la colonia y un teatro, aunque todavía no tenía murallas; bajo los edificios de piedra y mampostería de la ciudad romana posterior, hay vestigios del incendio de Boudica en las construcciones de madera, y depósitos de objetos de barro y cristal, posiblemente reunidos durante la defensa. Las excavaciones han revelado una serie de tiendas de madera a lo largo de la calle principal, que son anteriores al 60, obra probablemente de ingenieros militares. Conocemos bastante bien el plano de *Londinium* (Londres), un importante centro mercantil, que fue creciendo progresivamente por su estratégica ubicación. Allí destaca un importante monumento, el templo de Mitra, de unos 20 x 8 m., que estaba dividido por dos hileras de pilares en una nave central, donde se celebraba el culto, y dos laterales con bancos corridos. En su extremo occidental, sobre una plataforma a la que conducían escalones, debía estar el relieve de Mitra, cuya cabeza se encontró en el yacimiento, representado dando muerte al toro sagrado. El foro de *Verulamium* (St. Albans) fue inaugurado en el 79 y, para entonces, la ciudad contaba con un templo y una lonja de piedra, si bien las casas particulares se hacían aún parcialmente de madera. A principios del siglo II la ciudad había desbordado el límite de sus antiguos muros de tierra. Siguió edificándose y el primer teatro de piedra y las primeras casas de mampostería aparecen, probablemente, después de un incendio en la segunda mitad del siglo II. La muralla construida a principios del siglo III abarcaba unas ochenta hectáreas. Por otra parte, los restos de *Aquae Sulis* (Bath) ofrecen un conjunto, especialmente el termal, que se utiliza aún hoy en día.

Especial importancia presenta la arqueología rural que ha puesto al descubierto en todo Occidente importantes asentamientos. En Hispania cabe destacar las grandes villas que se han hallado, como La Olmeda (Palencia) y Carranque (Toledo), aunque sean del Bajo Imperio, junto a numerosas de los siglos anteriores. En todas ellas destacan zonas de lujo, con baños equipados con hipocaustos, pavimentos de mosaico, estucos pintados y jardines. Fue en tiempos imperiales cuando en la Galia se produjo el paso definitivo de las haciendas agrícolas organizadas en cabañas, a la villas galorromanas. A menudo son

del tipo conocido como “de corredor con alas”, como la descubierta en Mayen, cerca de Coblenza, donde una cabaña de madera fue reconstruida con muros de piedra, a principios del período romano; en el siglo I se le añadió el corredor exterior habitual; hacia finales del siglo contaba con tabiques de mampostería, un baño y un granero. La villa de Chiragan, cerca de Toulouse, a partir de una única casa de campo del siglo I d. C. , con hilera de casas exteriores para los obreros, pasó en el siglo II a convertirse en una *villa* con fachada de galería distribuida en un gran complejo de patios, soportales y un *cryptoporticus*. En Britannia el tipo más corriente de casa rural romanizada corresponde a los grandes edificios, a menudo de corredor de dos alas, de cimientos de piedra y argamasa y muros parcialmente de madera. No eran muy lujosas, pues normalmente no tenían hipocaustos, pavimentos de mosaico ni baños. Todo esto llegará en el tardoimperio romano.

Finalmente, en todo Occidente han experimentado un gran avance los estudios de las centuriaciones rurales, lo que ha permitido conocer mejor los reparto parcelarios y ubicar mejor las espectaculares obras de ingeniería hidráulica, como el imponente acueducto de “Ponte du Gard”, y las importantes calzadas y redes viarias secundarias que los romanos se esforzaron en construir, muchas de ellas aún visibles. En el ámbito funerario destacan algunas necrópolis, como la de Arles (“Les Alyscamps”), donde se alinean tumbas y sarcófagos.

El proceso de conquista occidental.

El interés romano en Occidente arranca de antiguo. Se inicia en los prolegómenos de la II Guerra Púnica y se proyecta tanto por el sur de la Galia como, especialmente, por Hispania. El Tratado del Ebro (226 a. C.) delimitaba unas zonas de influencia entre cartagineses y romanos que dejaba a estos últimos la protección de los intereses de *Massalia* (Marsella) al norte del río. La declaración de guerra entre Roma y Cartago como consecuencia de la conquista de Sagunto (219 a. C.), en cuyos aspectos formales estaba la disputa por la zona donde ésta se hallaba, provocó la intervención military el subsiguiente desembarco en Ampurias (*Emporium*) de un cuerpo expedicionario romano capitaneado por Cn. y P. Cornelio Escipión. El control del territorio cartaginés de la Península Ibérica no se consolidó hasta la toma por sorpresa de la capital púnica de España, Cartagena (*Carthago Nova*), por Escipión el Africano (209 a. C.). En el 208 a. C. se producía la batalla de *Baecula* contra Asdrúbal, una victoria estratégica que permitía a los romanos el control de la Alta Andalucía y el apoyo mayoritario de los indígenas. La victoria definitiva en *Ilipa* (207 a. C.) condujo a la caída del valle del Guadalquivir y a la rendición de *Gadir* a los romanos (206 a. C.). La finalización del dominio púnico y el acuerdo de paz dio paso poco tiempo después a la provincialización de Hispania (197 a. C.). Una gran sublevación indígena que estalló como rechazo, fue aplastada por Porcio Catón y Emilio Paulo. Pero la necesidad de proteger las zonas pacificadas de los agresivos pueblos del interior, arrastró a los gobernadores romanos a lo largo del s. II a. C. a una serie continuada de guerras contra los celtíberos y los lusitanos, que no se cerraron, por lo menos formalmente, hasta el 133 a. C., con la toma de Numancia por Escipión Emiliano. Poco antes se había dominado la sublevación del lusitano Viriato.

Aunque el norte de la península aún estaba por conquistar, la atención romana sobre Occidente se trasladó hacia el sur de la Galia pues, a partir del 125 a. C., el territorio masaliota había sido invadido por los saluvios. Roma encontró la ocasión para

intervenir militarmente en la zona y, en sucesivas campañas, dominar la franja costera entre los Pirineos y los Alpes, aplastando a alóbroges y arvernos. En el 120 a. C. se decidió la creación de una provincia, que con la fundación de la colonia de *Narbo* (Narbona) en el 118 a. C., pasó a contar con una capital que daría nombre a toda la circunscripción: *Gallia Narbonensis*. El territorio masaliota conservó su autonomía. El dominio romano se extendía ya sin solución de continuidad desde Italia hasta la Península Ibérica. La existencia de esta nueva provincia se vio amenazada de inmediato por las terribles invasiones germanas de cimbrios y teutones. En el 105 a. C. los cónsules eran derrotados en *Arausio*. Los cimbrios llegaron a penetrar hasta la Celtiberia mientras los teutones vagaban errantes saqueando la Galia. Cuando estos últimos trataron de invadir Italia, Cayo Mario los derrotó en *Aquae Sextiae* (Aix-en-Provence) en el 102 a. C., logrando liberar a la Narbonense. Un año después derrotaba en el norte de Italia a los cimbrios (*Vercellae*). La paz quedaba restaurada.

La guerra civil entre populares y conservadores devolvió el protagonismo militar a Hispania en las primeras décadas del s. I a. C. Sertorio, general a las órdenes de Mario, se hizo fuerte en la península obligando a Metelo y Pompeyo, sus oponentes, a duras campañas que sólo concluyeron con su asesinato (72 a. C.) Desde entonces Hispania permaneció tranquila varios años bajo la influencia de Pompeyo. Los acuerdos de Lucca (56 a. C.) confirmaron *de iure* este dominio pompeyano, que éste ejerció mediante legados.

El esperado estallido de la guerra civil entre César y Pompeyo llevó a los ejércitos cesarianos ante *Ilerda*, donde derrotó a sus enemigos (49 a. C.), y después a rendir la Ulterior. Hispania se mantuvo del 49 al 47 a. C. fiel a César, pero los hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, lograron atraer a parte de sus naturales, especialmente en el sur, lo que obligó nuevamente al dictador a una última y dura campaña que terminó con éxito en los campos de *Munda* (45 a. C.). El asesinato de César (44 a. C.) repercutió seriamente en Hispania. Sexto, uno de los hijos de Pompeyo, consiguió reanudar la guerra. Lépidio, quien del 43 al 42 a. C. había recibido un mando en calidad de Triunviro sobre la península, consiguió que Sexto Pompeyo se retirara de forma pactada. Poco después, en el 42 a. C., Hispania pasaba a manos de Octavio. Un decenio más tarde, cuando el control del estado por Octavio Augusto se hubo consolidado, el emperador actuó militarmente sobre el territorio hispano. Su política de establecer fronteras seguras en todo el Imperio planteaba la necesidad de someter, ante todo, el norte y noroeste de Hispania, aún independiente. Los cántabros, astures y galaicos fueron atacados y reducidos a partir del 29 a. C., con la participación personal del propio Augusto. El 19 a. C. Agripa terminaba la conquista.

Pero el escenario de la intervención romana en Occidente tuvo sus mayores repercusiones desde mediados del s. I a. C. en la Galia. Las necesidades políticas de César, con vistas a mantener sus aspiraciones en Roma frente a los otros triunviros, le empujaron a reservarse por la *lex Vatinia* (59 a. C.) el proconsulado sobre la Gallia Cisalpina y el Ilírico, que poco después se amplió a la Galia Narbonense. La excusa para la intervención militar en una zona independiente se encontró en las migraciones de los helvecios, que ante la presión de los germanos, amenazaban a los eduos, aliados de los romanos. César decidió aprovechar la oportunidad. Buscando el enfrentamiento prohibió el paso de los helvecios por el Ródano, pero estos, en lugar de enfrentarse, prefirieron cruzar a través del territorio secuano, más al norte. Aquello estaba fuera de la

jurisdicción romana, pero César encontró una excusa cuando los eduos pidieron ayuda ante las devastaciones de los helvecios. El choque definitivo se produjo en la capital edua, Bibracte (Mont Beauvray). Los helvecios, derrotados, hubieron de capitular y regresaron a su antiguo territorio (58 a. C.). Apoyándose en este éxito, César exigió a Ariovisto, jefe de los germanos (suevos), que cesara sus correrías por la Galia. Ariovisto se negó a tratar y César movilizó el ejército, ocupando la capital de los secuanos, *Vesontium* (Besançon). El choque con el germano tuvo lugar cerca de Belfort y, aunque con elevadas pérdidas, César consiguió que los enemigos rebasaran el Rin. Ante la amenaza romana los belgas se agruparon en una federación defensiva, hecho que fue presentado por César como un acto de agresión. En el 57 a. C., al frente de ocho legiones atacó el territorio, sometiendo con bastante facilidad a sus tribus. Paralelamente su legado P. Licinio Craso ocupaba Bretaña y Normandía. Todo el territorio desde el Garona hasta la desembocadura del Rin, había quedado sometido a los romanos. Sin embargo, ese dominio quedó en entredicho cuando las tribus del norte se sublevaron. El levantamiento fue aplastado con brutalidad, incluyendo ejecuciones y esclavizaciones. Los germanos volvieron a cruzar el Rin y César, haciendo uso de toda su habilidad, consiguió expulsarlos. Incluso llegó a cruzar el río en una demostración de fuerza ante los germanos. Por aquel entonces también César realizó una expedición a *Britannia* aduciendo connivencia entre los celtas de ambas orillas. La primera (55 a. C.) no fue más que un reconocimiento. Al año siguiente volvió a desembarcar, consiguiendo algunos triunfos, rehenes y el pago de un tributo. Los continuos levantamientos tribales obligaron al general romano a reclutar tres nuevas legiones y, en el año 53 a. C., arrasaba casi toda la Bélgica, incluyendo un nuevo cruce del Rin. El punto crítico de toda la campaña llegó en el año 52 a. C., con la formidable revuelta gala capitaneada por *Vercingetorix*, jefe de los arvernos, quien consiguió que casi todos los galos se confederaran en una coalición antirromana. Las guarniciones fueron asaltadas y la misma provincia Narbonense fue invadida. César actuó con rapidez y atacó audazmente Arvernia. Su base de operaciones se estableció en territorio eduo, sus más fieles aliados, pero su fracaso ante *Gergovia*, hizo que éstos se pasaran al bando enemigo. Pese a todo, César logró cercar al caudillo galo en *Alesia*, que fue tomada por hambre (52 a. C.). Toda la Galia quedaba en manos de Roma.

El último episodio de conquista en Occidente se dio en *Britannia*, aunque hubo de esperar al reinado de Claudio (43). La agitación de los reyezuelos bretones y los informes de la riqueza del país movieron al emperador a emprender la acción militar. Además, desde Calígula, las posibilidades de realizarla habían mejorado mucho pues el puerto de *Gesoriacum* (Calais) estaba acondicionado para concentrar una flota. Se desembarcaron cuatro legiones procedentes del *limes*, formando un total de 40.000 hombres: II Augusta, XIV Gémina, XX Valeria Victrix y IX Hispana. El mando estaba en manos de Plautio. Se desembarcó en *Rutupiae* (Richborough) desde donde se avanzó hasta *Londinium* y *Camulodunum*, esta última la capital de los trinovantes, la tribu más poderosa que estaba dirigida por Carataco. Los isenios, catuvellaunios, regnos y belgas fueron dominados con facilidad, pero la resistencia fue muy superior entre los dunonios (Cornualles), siluros (Gales) y brigantes (Montes Peninos). No obstante, el sur de *Britannia* quedó finalmente controlada, situación que se mantuvo hasta la gran revuelta de Budica, reina de los isenios, cuando las colonias romanas de *Camulodunum* y *Verulamium* fueron saqueadas (61). Suetonio Paulino, quien un año antes había atacado el gran centro del druidismo de la Isla de Mona (Anglesey), aplastó, tras dura guerra, el levantamiento. Después fueron reducidos los brigantes por Petilio Cereal, entre los años

71 y 74, y los siluros por su sucesor Julio Frontino, entre el 74 y 77. Finalmente, las decisivas acciones militares de su sucesor, Julio Agrícola, entre el 77 y el 84, intentaron acabar la conquista de la isla avanzando hasta el norte, aunque la zona más septentrional, poblada por los calcedonios, no pudo ser dominada. La situación quedó de esta suerte, consolidándose definitivamente cuando Adriano decidió fortificar la frontera en la línea de los ríos Solway al Tyne, creando un muro con fortines, torres y calzadas. Tras él se situaron cuatro legiones: IX (*Lindum*), II Augusta (Caerleon, *Ipsca Silurum*), XX Valeria Victrix, II Adiutrix (Chester, *Deva*). Entre el 139 y el 142 el legado Lolio Úrbico construyó una nueva línea de Clyde a Forth, el llamado Muro de Antonino, que duró poco, pues fue abandonado por Cómodo entre el 181-183. Las campañas de Septimio Severo (208-209) y Caracalla (210) sobre el norte no cambiaron este orden de cosas.

Occidente en tiempos imperiales

El control de la Galia tardó años en ser absoluto. Tenemos constatada al menos la existencia de disturbios bajo Augusto por la introducción del censo romano. Mayor gravedad la presentó la rebelión del 21, provocada por las deudas y los tributos, a cuya cabeza había significativamente dos ciudadanos romanos, Julio Sacroviro, de origen eduo, y Julio Indo, de los tréveros. Sacroviro tomó Autun y retuvo como rehenes a los hijos de la aristocracia gala que allí se educaban en la cultura grecorromana. La rebelión no tardó en ser aplastada. La primera prueba de que, pese a todo, la integración política y el comportamiento unitario avanzaban rápidamente en todo el Occidente la tenemos en la importante participación que Gallia e Hispania tuvieron en los sucesos del año 68. Julio Vindex, descendiente de la estirpe real aquitana, de padre senador, y *legatus* de la Galia Lugdunense, encabezó en ese año una revuelta contra Nerón. Vindex reunió una asamblea de galos (secuanos, eduos y arvernos) para coordinar una acción contra el emperador, al que se acusaba de indignidad para el cargo. La solicitud de ayuda a otros gobernadores se vio frustrada por la intervención de las legiones del Rin, que aplastaron el levantamiento. No obstante, el gobierno neroniano acabó por caer poco después, derribado por el triunfo de Sulpicio Galba en Hispania, donde fue entronizado emperador por el ejército. Pero al año siguiente los tréveros y los lingones, que no habían recibido de Galba tantos favores como otras tribus, apoyaron a las legiones del Rin cuando éstas marcharon contra Roma, depusieron a Galba para dar el poder efímeramente a Vitelio. Durante la marcha se hizo patente la enemistad que existía entre *Lugdunum*, que apoyaba a Vitelio, y la vecina *Vienna*, que estuvo en el bando del otro candidato, Otón. Poco después los batavos se rebelaron, obtuvieron el apoyo de los tréveros, los lingones y de algunas tribus del otro lado del Rin, y proclamaron un *Imperium Galliarum* que pretendía acoger a las restantes tribus del país. Los dirigentes, que eran ciudadanos y habían mandado unidades galas en el ejército romano -Julio Clásico y Julio Sabino-, se proclamaron emperadores romanos. Pero en una reunión convocada por los remos en *Durocortorum* (Reims), los delegados del resto de la Galia decidieron no unírseles y colaborar con las legiones que envió Vespasiano para reprimir la rebelión. La inestabilidad se prolongó algún tiempo más, aunque con repercusiones menos graves. Un tal Marico, de la tribu de los boyos, se puso en pie de guerra con el apoyo de gentes eduas. Las tropas romanas, con la colaboración de otras tribus galas, aplastaron la rebelión y Marico, que se había presentado como un dios, fue ejecutado.

La paz regresó a Occidente durante muchos años. La romanización política había

triunfado definitivamente y las fronteras que la protegían en el Rin eran muy seguras. Sin embargo, bajo el reinado de Marco Aurelio, en la segunda mitad del s. II d. C., podemos reseñar por primera vez la quiebra de tan prolongado periodo de paz en Occidente, pues asistimos a unas primeras invasiones de germanos entre el 162 y el 174, que cayeron sobre la Galia. Importantes destrucciones se produjeron junto al Rin, en *Argentoratum* (Estrasburgo). Mientras, las cosas tampoco marchaban bien en Hispania, que se veía amenazada por la penetración de los *mauri* del norte de África, en el 171 y, quizás también, entre el 177 y el 178. Su sucesor e hijo, el emperador Cómodo, tampoco consiguió mantener Occidente tranquilo. Un desertor de nombre Materno invadió, desde la zona del Rin, seguramente la Galia e Hispania. Tampoco Britania se mantuvo en completa paz. Hubo una importante rebelión en el norte, en la década del 150, y los bárbaros de Escocia atacaron la frontera entre el 180 y hasta el 200. La sucesión de este emperador no resultó pacífica, abriendo para Occidente una época de gran inestabilidad. Al breve reinado de Pertinaz (193) le siguió una terrible guerra civil, que si bien en principio tan sólo afectó a Oriente, acabó por trasladarse a la parte occidental, hasta el momento gobernada por el César Clodio Albino, gobernador de Britania, que se había posesionado de la Galia e Hispania. Su disputa con Septimio Severo se solventó en una guerra a favor de este último, pues cercó y dio muerte en Lyon a Clodio Albino (197). Como consecuencia, Hispania también fue invadida y conquistada. A ambos lados de los Pirineos se extendió una fuerte represión protagonizada por los victoriosos partidarios de Septimio Severo. Muertes y confiscaciones se extendieron sin ninguna contemplación.

El siglo III fue una etapa crucial para la parte continental del Occidente romano. Tras una primera mitad tranquila, a partir del 253, aprovechando que Valeriano había trasladado a Italia las tropas del Rin y del Danubio para defender su trono, los alamanes atravesaron el río en las proximidades de Mannheim y penetraron en la Germania romana, mientras los francos invadían el norte de la Galia. La virulencia de la invasión del 259 se rastrea en los numerosos atesoramientos y en las evidencias arqueológicas de destrucciones que se dan por doquier. Salonino, hermano menor del emperador, que había quedado al frente del ejército, también fue incapaz de proteger Hispania, de forma que los francos alcanzaron Tarragona. Después de varios años de devastaciones se trasladaron hasta el norte de África. Como consecuencia del desorden, un general romano, Póstumo, posiblemente de origen galo, sitió a Salonino en Colonia, le dio muerte, e instauró el llamado Imperio Galo (*Imperium Galliarum*), que duraría todo su reinado, para disolverse un lustro después. Su extensión abarcaba, además de la Galia, a Britania, Hispania y el norte de Italia. Póstumo se mostró eficazísimo en su lucha contra los bárbaros, pero con su desaparición, su territorio comenzó a disolverse. Primero, vio la pérdida de Hispania y de la Narbonense, que pasaron a manos del emperador romano Claudio II, gracias a la energía del *praefectus vigilium* Julio Placidiano, sin que el sucesor de Póstumo, Victoriano, pudiera contenerlo (269). El asesinato de este último a manos de los soldados (270), trasladó la sucesión a Tétrico, quien acabó por entregarse al emperador Aureliano cuando éste se presentó con un poderoso ejército en Occidente (274).

Pero la más importante de las invasiones habidas hasta entonces aún estaba por llegar. En efecto, el 276 los francos se expandieron devastando la Galia y las provincias occidentales. Las destrucciones se generalizaron, provocando numerosos amurallamientos de ciudades. El emperador Probo (277) acabó por dominar la situación a costa de grandes matanzas de bárbaros en el centro y el oeste de la Galia. Su presencia

se confundió, además, con un gran levantamiento popular, el llamado movimiento campesino de los “bagaudas” (*bacaudae*), que continuó intermitentemente agitando los campos galos hasta el fin del Imperio Romano. La posterior partida del emperador Probo al Danubio provocó, por otra parte, dos intentos de usurpación, el de Bonoso en *Colonia* y el de Prócuro en *Lugdunum*. Tras la muerte de Probo fue proclamado emperador el prefecto del pretorio Caro, un militar de la provincia Narbonense, que asoció al poder a sus dos hijos, Numeriano y Carino. Este último quedó como gobernador de Occidente. Mientras Probo estaba en Oriente, Carino tuvo que reprimir el intento de usurpación de Juliano. Cuando aquél fue asesinado (285), Diocleciano quedó como único emperador, aunque poco después cedió a Maximiano la *pars Occidentis* como su colega imperial en el recién inaugurada Tetrarquía.

Fue precisamente en la zona occidental donde se gestó la reunificación del Imperio en la persona de Constantino. En efecto, la muerte de su padre, el augusto Constancio Cloro en *Britannia* en el 306, condujo al nombramiento de aquél como sucesor y a una guerra generalizada en Occidente. En la primavera del 312, el ejército de Constantino atravesó los Alpes y derrotó a las fuerzas de Majencio. Constantino era ahora el único emperador de Occidente. La situación se mantuvo estable durante bastante tiempo. Pero después de su muerte hubo algunos años de intranquilidad por problemas dinásticos. Primero, Constantino II y, después, su hermano Constante gobernaron Occidente, pero en el 350 este último hubo de enfrentarse a la usurpación de Magnencio, y fue asesinado. Pero el emperador de Oriente, Constancio, logró derrotarle en la Galia (353). Como consecuencia de esta guerra, los alamanes penetraron en este territorio. Juliano, enviado para someterlos, fue proclamado emperador (361). En el 365, ya muerto Juliano, el Rin fue de nuevo cruzado por los alamanes. Valentiniano I, el emperador de Occidente -a Valente le correspondió Oriente-, se vio obligado a defender las fronteras europeas. Comenzó pacificando la Galia y Britania hasta la Muralla de Adriano, para después restablecer la frontera renana y firmar un *foedus* con el rey de los alamanes que comportó el final de la guerra.

Las transformaciones administrativas

La diferencia cronológica en el proceso de anexión de Hispania, por un lado, y la Galia y Britania por otro, marcaron un tiempo lento de romanización para la primera y muy rápido para la segunda. Hispania presentaba, como territorio provincializado más antiguo, un alto grado de urbanización. En el este y sur estaban asentados los pueblos de raíz ibera. En el interior celtas y celtíberos. Escipión después de la batalla de *Ilipa* (206) fundó la primera ciudad romana peninsular, *Italica*, seguramente una *colonia latina*, con presencia mixta de indígenas y romanos, que con Augusto pasó a ser municipio y colonia después con Adriano. De tiempos republicanos y con población indígena, fueron fundadas, hacia el 178 a. C., por Tiberio Sempronio Graco, *Graccurris* (Alfaro) e *Illiturgis* (Mengíbar) con el objetivo de concentrar a la población autóctona. *Carteia* fue obra del pretor Canuleyo (171 a.C.), una *colonia latina* con contingentes humanos compuestos por antiguos esclavos, ahora manumitidos, por población nativa que quisiera integrarse, e hijos de soldados romanos y de mujeres hispanas (4.000 individuos) con quien vivían desde tiempo atrás en la zona, y con las que no habían contraído *connubium*. De ahí que, con un origen tan plural, recibiera el nombre de *colonia libertinorum*. Empresa personal de Marcelo fue la fundación de *Corduba* (168-151 a. C.) como *colonia romana*. Luego se constata *Brutobriga*, fundada por Junio Bruto, sin carácter privilegiado. De la segunda mitad del s. II a. C. son *Valentia*, fundada

según Livio por Junio Bruto en el 138 a.C. y colonia con seguridad a fines del siglo, si bien desconocemos si latina o romana, condición ésta última segura desde el s. I d. C. *Palma* y *Pollentia* recibieron colonos de Hispania en 123 a.C., tras su conquista por Cecilio Metelo. Durante la primera mitad del s. I a. C. no se atestigua en Hispania ninguna *deductio*, y sólo se documentan creaciones indígenas, como *Valeria*, *Pompaelo* o *Metellinum*. Pero desde César la situación cambió radicalmente. Numerosos veteranos fueron asentados y se favoreció la llegada de emigrantes itálicos desfavorecidos, en una cifra que alcanzó los 80.000, llegada que se combinó con flujos de comerciantes (*redemptores*, *mercatores*, *mangones*, *societates*). César conseguía así solucionar los problemas de Italia y, al mismo tiempo, controlar política y militarmente Hispania. En consecuencia, se crearon colonias de ciudadanos romanos, en *Acci* (Guadix), *Carthago Nova*, *Corduba*, *Hasta Regia*, *Hispalis*, *Ituci*, *Scallabis*, *Tarraco*, *Ucubi*, *Urso*; municipios, en *Gades*, *Olisippo*, *Italica*, *Dertosa*, *Ulia*, *Myrtilis*, *Salacia* o *Castulo*. Esta inercia alcanzó a tiempos del primer triunvirato, cuando se fundaron las colonias *Lepida*, entre el 36 y 35 a. C., conocida también como *Celsa*, y *Norba Caesarina* (Cáceres).

Con Augusto se prosigue esta política de fundaciones, pero se utilizan no sólo veteranos, ahora de las guerras cántabras, sino también civiles, tanto emigrantes como indígenas, privilegiados de forma colectiva o individual (*viritana*). Aparecen las colonias de *Asido*, *Astigi*, *Barcino*, *Caesaraugusta Salduba*, *Augusta Emerita*, *Ilici*, *Iulia Traducta*, *Libisosa*, *Pax Iulia*, *Salaria* y *Tucci*; y los municipios de *Bibilis*, *Clunia*, *Gerunda*, *Iesso*, *Ilerda*, *Ilugo*, *Libitolosa*, *Osicerda*, *Saetabis* y *Segobriga*. Desde la muerte de Augusto hasta el reinado de Vespasiano, la política fundacional vuelve a paralizarse, aplicada sólo en las ciudades de *Dertosa* y *Clunia*. Durante el reinado de Vespasiano la romanización de Hispania se completa con la concesión general del derecho latino, por lo que las ciudades todavía indígenas se transformaron en municipios, medida que se cerró con Domiciano. Alguna ciudad alcanzó la categoría honorífica de colonia, como *Italica* (Santiponce, Sevilla), por deferencia especial de Adriano, que era natural del lugar.

El proceso urbanizador en la Galia fue mucho menos intenso que el de Hispania. La provincia meridional, la *Narbonensis*, presentaba las ciudades romanas más antiguas y, además, la impronta de los anteriores asentamientos griegos. Aquello era “*Italia, más que una provincia*” (Plinio el Viejo). Entre los viejos enclaves griegos destacaba naturalmente *Massilia* (Marsella), que se caracterizaba por una mezcla de “encanto griego y modestia provinciana” (Tácito). Había otras ciudades de origen romano. La más emblemática era *Narbo Martius* (Narbona), cuya fundación se remontaba al 118 a.C., con el orgullo de ser la primera colonia romana extraitálica. De gran importancia estratégica era *Arelate* (Arlés), fundada por César en el 46 a.C., que situada junto al Ródano, desplazó a *Massilia* del papel de centro comercial de la región. La *Colonia Augusta Nemausus* (Nimes) poseía según Estrabón jurisdicción sobre veinticuatro aldeas y contaba con el derecho latino, según el cual los magistrados de la ciudad obtenían la ciudadanía romana. Igualmente sobresalía *Vienna* (Vienne), situada Ródano arriba, que gozaba de la condición de *colonia latina*, antiguo centro político de los alóbriges. Sobre la costa descollaba la *colonia* de *Forum Iulii* (Fréjus). En la zona occidental de la provincia se localizaba el importante centro urbano de *Tolosa* (Toulouse).

El resto de la Galia quedó desde Augusto dividido en tres provincias (*Lugdunensis*,

Aquitania y Belgica), aunque identificado conjuntamente bajo los nombres de las “Tres Galias” o *Gallia Comata* (“Galia cabelluda”), lo que evidenciaba la unidad interna que ofrecía a los ojos de Roma. La división provincial debió tener lugar entre el 16 y el 13 a. C. No obstante, *Lugdunum* (Lyon), capital de la provincia *Lugdunensis*, fue el indiscutible centro de las instituciones romanas de las Tres Galias. En el 12 a. C. Druso, hermano de Tiberio, erigió allí un templo y un altar a Roma y a Augusto en una gran explanada, adornada con estatuas donadas por las sesenta comunidades galas cuyos representantes se reunían en ella. El primer *flamen* del culto fue un eduo, Julio Vercondaridubno, cuyo nombre galorromano simboliza la nueva era. Bajo Tiberio, otro sacerdote, Gayo Julio Rufo, de la tribu de los santones (Saintes), construyó junto al templo un anfiteatro. Entre las restantes ciudades de la provincia tampoco debe pasarse por alto a *Lutetia* (París), un importante nudo viario septentrional. Las otras dos provincias también presentaban centros importantes de vida urbana romanizada. En la provincia de *Aquitania* destacaba la capital, *Burdigala* (Burdeos), y *Limonium* (Limoges). En la *Belgica* sobresalía, en primer lugar, la sede provincial, *Augusta Treverorum* (Tréveris), seguida de *Samarobriva* (Amiens).

Durante el Bajo Imperio la Galia sufrió nuevas modificaciones administrativas. Todo el Occidente romano quedó englobado en una *praefectura Galliae*, que incorporaba las diócesis de *Hispania*, *Britannia*, *Gallia* y la *Viennensis*. Así el país quedó subdividido en dos diócesis, con capital en *Augusta Treverorum* la primera, y en *Vienna* la segunda. La diócesis de la Galia amplió el número total de provincias (*Lugdunensis I y II*, *Belgicae I y II*, *Germania I y II*, y *Sequania*), al igual que la *Viennensis* (*Aquitanica I y II*, *Novempopuli*, *Narbonensis I y II*, *Viennensis* y *Alpes Maritimae*).

Como es natural, *Britannia* conoció un proceso de urbanización mucho más tardío. La ciudad más antigua fue la colonia de *Camulodunum* (Fishbourne), seguida pocos años después por el municipio de *Verulamium* (St. Albans). Otros centros también alcanzaron progresivamente una destacada importancia. Así, *Londinium* (Londres), por su importancia comercial, las colonias de *Eburacum* (York), donde se asentó una legión, *Lindum* (Lincoln), *Glevum* (Gloucester), y *Aquae Sulis* (Bath). No obstante, la mayor parte de las ciudades britanorromanas eran núcleos urbanos de origen tribal: *Calleva Atrebatum*, *Venta Silurum*, *Corinium Subunorum* y *Calleva* (Silchester).

Con la conquista *Britannia* pasó de ser una provincia imperial bajo el mando único de un legado propretorio (*legatus Augusti pro praetore*) de rango consular con residencia en *Camulodunum*. Estaba asistido de un *legatus iuridicus* y de un *procurator*. Con Septimio Severo fue dividida en dos provincias, la *Britannia Inferior*, situada al norte, y la *Superior*, al sur. En el 312, con Diocleciano, se subdividió en cuatro provincias: *Britannia Prima*, *Britannia Secunda*, *Britannia Prima Flavia Caesariensis* y *Britannia Maxima Caesariensis*. Militarmente *Britannia* quedó en el Bajo Imperio bajo el mando de un *comes Britanniarum* al frente de 9 legiones comitatenses, dirigidas por un *comes litoris Saxonici per Britannias*, y un *dux Britanniarum*, con tropas de rango limitatense.

La vida económica

La incorporación a Roma supuso para Occidente un cambio importante en su estructura económica. La prosperidad hispana arranca, *grosso modo*, de la época cesáreo-augústea, pues la etapa anterior, la republicana, no modificó prácticamente la situación de explotación económica y fiscal. De aquí en adelante, la amplia variedad y el volumen de

las actividades productivas, fueron el motor del despegue económico. La producción hispana más importante, la única bien explotada desde los tiempos antiguos, eran los minerales: oro, cobre, plata, plomo y hierro. Propiedad del estado, pasaron de ser explotados por *societates publicanorum* en tiempos republicanos a serlo directamente por el emperador a través de *procuratores*, que supervisaban las explotaciones (reglamentos de *Vipasca*). En el sector agrícola hemos de destacar el fuerte empuje que cobró la explotación del olivo en la Bética y la vid en la Tarraconense. El aceite y el vino hispano se hicieron con el mercado mediterráneo atlántico (Rin y Britannia), aunque sobre todo con el de Roma, a donde llegaba a razón de unos cuatro millones de litos por año en unas 55.000 ánforas, como atestigua el monte Testaccio. De las costas del sur de Hispania procedía la muy apreciada salsa de pescado llamada *garum*. La ganadería estaba bien desarrollada, exportándose sobre todo caballos, jamones y tejidos. La industria alfarera de confección de ánforas, y la de *terra sigillata hispana* se hicieron con la exportación a todo el Occidente desde finales del s. I d. C. hasta el siglo siguiente (alfares de Andújar y Tricio, *Tritium*).

Esta misma situación se refleja en Galia. En el sur se concentraba la tríada mediterránea, que hacia el norte desaparece gradualmente, primero con el olivo, después con la viña, para quedar finalmente en las zonas septentrionales reducida al cereal. Los viejos sistemas de explotación agraria en campos cerrados y con alquerías aisladas se fueron abandonando. Otro tanto les ocurrió a los campos abiertos. De los hallazgos arqueológicos no se desprende el régimen de estas tierras. Por todo el país se han constatado tanto grandes villas como unidades menores de explotación, incluso pequeños asentamientos en aldeas, pero es imposible determinar el tipo de tenencia. Cabe tanto la forma de colonato de pequeños campesinos, como el arriendo a grandes *conductores*, que a su vez utilizaran fuerza de trabajo libre o esclava. Quizá la ausencia de mano de obra explique la implantación de una singular mecanización agraria, mediante el uso de una segadora-trilladora (*vallus*) tirada por bueyes y de una hoz (Plinio NH 18, 72, 1; 261; Paladio, 7. 2. 2-4). Producciones de cereal, vino y, en el sur, de aceite, acreditan una agricultura de corte romano orientada al mercado. De hecho, se roturaron muchas tierras y los romanos no dudaron en utilizar el arado con ruedas gálico para conseguirlo (Plinio NH 18, 17, 2). Bastantes villas fabricaban objetos de bronce y vidrio que después vendían en las ciudades. También la cría de ganado siguió estas pautas. Donde más se advierte la prosperidad de la Galia es en los progresos de su producción cerámica. A principios del s. I d. C. los artesanos de La Graufesenque, cerca de Toulouse, empezaron a competir con la cerámica roja de Arezzo (Toscana), que se importaba mucho en Galia y en todo el Imperio. En la segunda mitad del s. I d. C. ya había sido desplazada por la producción local que rápidamente monopolizó el mercado galo, así como el del Rin y el británico, exportando incluso a la propia Italia. Otro centro de producción alfarera, mayor aún, era Lezoux (Puy-de-Dôme), que llevaba funcionando desde antes de la conquista romana, pero no empezó a exportar en grandes cantidades desde aquel momento, sobre todo a Hispania, Renania y Britania. A estos centros se añadieron otros, en el noroeste galo y en la zona de Tréveris, que siguió produciendo cerámica hasta mediados del siglo III. También debemos destacar los prósperos talleres de tejidos de la *villa* de Chiragan (Toulouse), los de producciones de lucernas de los *fundi* belgas (Hoste) o los de productos metalúrgicos de la *villa* de Antea, en esa misma provincia. La posesión de materias primas y de mano de obra barata, junto a la existencia de una buena red de transportes, configurada a lo largo del Ródano y en contacto con el magnífico mercado de tropas de Germania, con Britania y con el Mediterráneo, transformaron a la Galia en el principal núcleo industrial de Occidente.

Aunque la riqueza minera de la Galia no se puede comparar con la de Hispania, el país no estaba exento de explotaciones rentables. Las más destacadas eran las de hierro de Aquitania.

La existencia de importantes corporaciones de *navicularii* galos en el puerto romano de Ostia les vincula con el abastecimiento para la *annona*. También tenemos constatada la presencia de estos transportistas navales en Narbona y Arlés, que aprovecharían sus viajes de retorno para favorecer la importación de productos del Imperio. El comercio galo, basado en una buena base agrícola –sabemos que su grano se vendía en Roma (Plinio, NH 18, 66)- e industrial, se desarrolló intensamente, apoyado en sus ciudades y en la red de caminos y ríos que las unían. *Lugdunum*, *Augusta Trevirorum*, *Arelate* y *Narbo* son un ejemplo de ciudades comerciales. El fuerte impulso de la agricultura y el comercio galos se mantuvo hasta el s. III d. C. cuando las invasiones y bagaudas crearon un clima de inseguridad que afectó seriamente a la organización económica. Pasada la crisis, las grandes villas suntuarias, en manos de grandes terratenientes (*Consentius*, *Pontus Leontius*, *Fortunatus*, *Nicetius*, etc.) cobraron gran peso.

Antes de la conquista romana *Britannia* ya estaba muy ligada al mundo económico mediterráneo, pues en algunos túmulos de reyezuelos aparecieron bronce y objetos de arte importados de Italia y, quizá, de Galia. Además, se emitían monedas basadas en las romanas, en las cuales figuraba a veces el título latino de *rex*. Sabemos que antes de la provincialización exportaba trigo, ganado, oro, plata, hierro, cuero, esclavos y perros de caza (Estrabón), llegando productos, como la cerámica, del exterior especialmente de la Galia. Parece, no obstante que las actividades mineras fueron un aspecto esencial, muy ligadas al ejército, que contaba con extracciones de estaño, plomo y hierro (*Ariconium*). Las minas de estaño eran su principal recurso, y no fueron explotadas hasta el siglo II, quizás para no hacer la competencia a las de Hispania. También el carbón fue explotado. El escaso desarrollo de la vida urbana y rural fue consecuencia probablemente de la tardía conquista y de dispersión de las tropas en las zonas fronterizas, aunque también debido a que la riqueza del país no fue grande. La producción agrícola y ganadera se consumía mayoritariamente en la provincia, aunque el ejército –unos 50.000 hombres- fue la base esencial de la demanda. No obstante, llama la atención que las zonas que evidencian los cambios más notables no se encuentran junto a las fronteras sino en la *Britannia* central y meridional. La vida rural no cambió espectacularmente, sí se aprecia que los poblados indígenas de chozas fueron poco a poco reemplazados por edificios rectangulares, con varias habitaciones, en los que fue utilizándose progresivamente más la piedra tallada. Estas aldeas de chozas pueden asociarse a comunidades de aldeanos, organizadas en campos cerrados (*celtics fields*), en general pobres, en algunos casos sustituidos por explotaciones latifundistas (*openfields*) y por villas romanas, aunque el tipo lujoso es claramente de época tardía (s. IV d. C.), y con las que muchas veces coexisten, incluso en un área supuestamente tan romanizada del sur y sureste de Britania. En estas explotaciones se introduciría la agricultura romana, aunque adaptándola técnicamente para roturar las tierras fértiles de las llanuras mediante arados de ruedas célticos (*carruca*) y molinos. Además, las necesidades de la distribución y el consumo llevaron a la construcción de grandes graneros que podían, entre otras cosas, mantener a la población un año de carestía. Como consecuencia de estos lentos pero profundos cambios *Britannia* fue adquiriendo una mayor madurez y complejidad económica, especialmente en la producción de cereal, circunstancia que explica el que a partir del siglo III d. C. se transformara en el granero de los ejércitos del Rin.

Sociedad

A tenor de lo dicho en el campo económico, la transformación social corrió paralela a la conquista. Occidente había tenido con anterioridad un substrato sobre todo céltico, al que había que añadir, en Hispania y sur de la Galia, la zona iberica. Su estructura social había estado muy marcada por la organización patriarcal, en la que las familias se agrupaban en entidades superiores desde los calnes hasta las tribus. La presencia de los pueblos colonizadores, griegos y fenicios, había creado en las riberas del mediterráneo occidental un aporte cultural y demográfico que acercaba estas zonas a las formas sociales más próximas a las de los romanos. Con el transcurso del tiempo la expansión de la colonización y el dominio romano acabaron por transformar las zonas costeras y sus alrededores en lugares de rápida romanización, que durante el Imperio acabaron integrándose definitivamente. Así, la Bética daba el primer cónsul provincial, Cornelio Balbo, natural de *Gades*, en época temprana (40 a. C.), y le cupo también el honor de aportar el primer emperador provincial, Trajano, cuya familia procedía de *Italica*, que más tarde transmitiría a otro pariente de la misma ciudad, primo suyo y de la *gens Aelia*, Adriano (117-138). Parte de la familia del emperador Marco Aurelio (161-180) era también oriunda de la Bética. En total, casi un centenar de senadores fueron de origen bético, procediendo sobre todo de *Italica*, *Corduba*, *Gades* e *Hispalis*, aunque están presentes en otras ciudades (*Carteia*, *Iliberri*, *Saepo*, *Salpensa*, *Tucci*, *Uccubi* y *Ulia*). Menor es el número de senadores de la *Citerior Tarraconense*, unos treinta, que se concentran mayoritariamente en las ciudades costeras, sobre todo en *Tarraco*, con el número más elevado, seguidas de *Saguntum*, *Edeta* *Barcino*, *Acci* y *Celsa*, aunque hay posibles senadores en *Carthago Nova*, *Valentia*, *Ilici*, *Dianium*, *Dertosa*, *Allonis*, así como en algunas otras localidades más. Ejemplos destacados de hispanos escalando los altos puestos de la cúspide política romana, dentro del orden senatorio, son los de L. Minicio Natal, de Barcelona, procónsul de África hacia el 121, y su hijo L. Minicio Natal Cuadronio Vero, cónsul también y procónsul africano en el 139, que construyeron para los barcinonenses unos baños y unos soportales, junto con una conducción de agua para los primeros; o el caso de Marco Cornelio Nigrino Curiatio Materno, general de Domiciano y quizá candidato al gobierno imperial en rivalidad con Trajano y natural de *Edeta*. Un fuerte contraste con estas provincias nos ofrece la *Lusitania*. La inmensa mayoría se concentran en *Emerita Augusta*, *Castra Caecilia* y, sobre todo, en *Ebora*, dentro de una etapa que va de la primera mitad del s. II al s. III d. C.

Por debajo de este orden senatorial encontramos muchos caballeros de origen hispano, que nutrieron estos cuadros superiores, y cuya procedencia estaba en las aristocracias locales. Según Estrabón, la Bética había abandonado la lengua y las costumbres indígenas, pasándose al latín y a las maneras romanas, y habían conseguido en muchos casos los derechos romanos y latinos. En las otras dos provincias, la Lusitania y la Tarraconense, la vida urbana, incentivada por las colonias de veteranos fundadas por Augusto, había extendido el modelo social romano. Las oligarquías provinciales, las aristocracias de los decuriones, fueron la base sobre las que se articuló todo el sistema social. El momento decisivo en este proceso para Hispania fue el año 74, cuando Vespasiano concedió a su población libre el derecho latino (*ius Latii*), una ciudadanía que les asimilaba a los habitantes ciudadanos del resto del Imperio.

De esta sociedad surgieron personalidades muy influyentes en todos los terrenos. De la Bética salieron algunos de los escritores latinos más importantes del siglo I. Así, el orador L. Aneo Séneca, nacido en Córdoba hacia mediados del siglo I a. C., y su hijo,

Séneca el filósofo, también de la misma ciudad, aunque llevado en su adolescencia a Roma durante los primeros años de Tiberio, donde fue más tarde el principal consejero de Nerón. Otro cordobés fue el sobrino de este último, el poeta Lucano, criado en la capital del Imperio desde niño. Mención destacada merecen el tratadista de agricultura Julio Columela, gaditano emigrado a Italia, el orador Quintiliano, natural de *Calagurris* (Calahorra), que se formó en Roma y enseñó allí retórica, recibiendo un estipendio público de Vespasiano, y el poeta Marcial, nacido en *Bilbilis* que también marchó a la capital donde logró gran fama y el favor del emperador, regresando a Hispania el año 98.

El grado de romanización de Hispania se expresa muy bien en el grado de adaptación a los cultos romanos. Los dioses del panteón grecolatino se difundieron por las ciudades dejando pocos rastros de cultos prerromanos. Igual ocurrió con la llegada de los cultos orientales. Hispania fue además uno de los focos iniciales del culto imperial. Hacia el 26 a. C. Augusto autorizó un culto cívico en *Tarraco* a su persona. Una generación después se instituyó un culto provincial al emperador Augusto y a Roma, gracias al permiso que obtuvo de Tiberio para erigirle un templo hacia el 15 d. C. (Tac., *Ann.*, I, 78). La Lusitania lo hizo en el siglo I y la Bética no antes de Vespasiano. El cargo de *flamen* provincial, cuyo titular era asignado anualmente por la asamblea (*concilium*) de la provincia, coronaba la carrera de las aristocracias municipales; la mayor parte de los conocidos, habían ocupado cargos en sus ciudades de origen y muchos alcanzaron después el rango ecuestre. Tampoco debemos olvidar la expansión entre la población de los cultos orientales y la introducción del cristianismo, aunque el origen de éste último es imposible de precisar. San Pablo expresó el deseo de ir a Hispania, pero no está comprobado que lo hiciera. El primer testimonio concreto es de fecha muy tardía (254-257), cuando Cipriano, obispo de Cartago, escribió a las comunidades cristianas de León (*Legio*), Astorga (*Asturica*) y Mérida (*Emerita*) respondiendo a sus quejas de que los obispos de León y Mérida hubieran apostatado durante la persecución de Decio. De ello resulta claramente que la Iglesia cristiana estaba ya consolidada. Unos años más tarde se produjo el martirio del obispo Fructuoso y sus dos diáconos en el anfiteatro de Tarragona en el 259. En el Concilio de *Iliberris* (Granada), en los primeros años del siglo IV, estaban representadas veintitrés comunidades de la Bética y catorce del resto de Hispania y sus cánones demuestran la vitalidad de cristianismo hispano.

Sólo en el norte del país se mantuvo parcialmente ajeno a buena parte de estos cambios, manteniendo por bastante tiempo las costumbres y las formas de vida tribales. De ello da muestra una inscripción del 27 d. C., relativa al acuerdo entre dos *gentilitates* de la tribu de los zoelas (*zoelae*) de Asturias; todas las personas que mencionan tienen nombres indígenas, aunque el documento está redactado en latín. Pero incluso con el paso del tiempo la romanización fue abriéndose paso.

En cuanto a la romanización social gala, el momento decisivo se alcanzó en el 48, cuando los dirigentes de los *eduos* y de otras tribus se dirigieron al emperador Claudio con la petición de que les permita presentarse como candidatos a senadores. Aunque el Senado aprobó la propuesta de Claudio, no parece que tuviera repercusiones inmediatas. De la Galia Narbonense proceden una larga serie de senadores, tres cuartas partes de toda la Galia. Es un reflejo de la prosperidad de sus ciudades y de su alto grado de romanización. Entre las personalidades que destacaron debemos mencionar a Domicio Afro, orador de *Nemausus*, que fue pretor el 25 y cónsul el 39, gran propietario en las cercanías de Roma; o Valerio Asiático, de *Vienna*, cónsul el 35 y el 46. Son estas

ciudades las que presentan, con mucho, el mayor número senadores. También proceden de la Narbonense destacados *equites*, como Afranio Burro, de Vaison, que fue prefecto pretoriano el 51. El proceso de incorporación de la nobleza gala al Imperio se culminó el 138, cuando Antonino Pío, nieto de un senador de *Nemausus*, llegó al trono imperial. Es entonces cuando el número de senadores de las Tres Galias aumenta significativamente. En total, la Galia presenta alrededor de medio centenar de senadores entre el fin de la República y el s. III d. C. Pero, como hemos dicho, después del decreto de Claudio hay sorprendentemente una escasa constancia de senadores y *equites* oriundos de Galia. Para Millar “resulta misterioso, por consiguiente, que las Tres Galias con toda su evidente prosperidad aportaran muy escasos hombres a los órdenes ecuestre y senatorial de Roma.” La situación no cambiará hasta que lleguemos a los emperadores galos de 258-274, pero estos mismos son funcionarios romanos cuyos orígenes se deducen vagamente de sus nombres. La culta aristocracia terrateniente de rango senatorial que encontramos en la Galia durante los siglos IV y V carece de claros antecesores. La llegada al poder central de estos grupos senatoriales y ecuestres nunca hubiera sido posible sin la existencia de una potente aristocracia local, formada por pequeños y medianos terratenientes y por mercaderes. Un importante grupo decurional detentaba el control urbano, con propiedades en sus territorios. Campesinos libres, esclavos y libertos completaban el cuadro social. A estos últimos pertenían algunos de origen externo. Así, Músico Murrano, que era intendente de la tesorería imperial en una provincia gala en tiempo de Tiberio, tenía dieciseis esclavos (ILS 1514).

Entre las creencias de la nueva sociedad galorromana cobró un gran auge, como en todas partes, los dioses importados del panteón grecorromano, en particular la tríada oficial de Roma de Júpiter, Juno y Minerva. También llegaron a la Galia los cultos orientales: Isis, Cibeles y, sobre todo entre los soldados, Mitra. No obstante, el fondo autóctono céltico permaneció mucho tiempo, aunque en muchos casos sufrió la típica *interpretatio* romana. Así, Teutates fue asociado con Mercurio, aunque sin los sacrificios humanos que le eran característicos, mientras Taranis se aproximó a Júpiter, si bien representado dando muerte a un dragón. Otros dioses mantuvieron mejor su primitiva idiosincrasia, como Eso o Cerunno, presentado en los monumentos con las piernas cruzadas, barba y corona. El vigor de estos cultos en época romana está fuera de duda e, incluso, es muy posible que en el siglo III resurgieran con fuerza. La manifestación más característica del celtismo religioso se encuentra, sin duda, en los druidas. Por ello, esta poderosa casta sacerdotal, opuesta frontalmente al poder romano, quedó prohibida a los ciudadanos por Augusto y puesta al margen de la ley por Tiberio y Claudio. Es significativo que los dioses que desaparecieron de la Galia romana fueran los que guardan una relación con la guerra y el carácter nacional, y que eran un elemento de confrontación con los dominadores romanos. Algunas prácticas fueron también suprimidas por ser consideradas salvajes. Así, los sacrificios, adivinación y otras prácticas -como el colgar cabezas enemigas en la entrada de los hogares- que iban acompañadas de víctimas humanas.

Pero el aspecto que mejor define las nuevas creencias de la sociedad galorromana es, por encima de todo, el culto imperial. Fue instituido el día del cumpleaños de Augusto el 12 a .C., coincidiendo con el momento en que asumió el Pontificado Máximo, con la presencia de Druso, hijastro del emperador (Liv. *Epit.*, 139). Desde este instante asumió el papel de ser el portavoz de las inquietudes de la Galia, pues allí se reunía el consejo de las tres provincias bajo la presidencia de un *flamen* perteneciente a la aristocracia de uno de los principales pueblos galos (el primero fue C. Julio Vercondaridubno, de la

tribu de los eduos). Su sede estaba en *Condate*, un lugar estratégico en la confluencia del Ródano y el Saona. El culto imperial en la Narbonense, provincia senatorial, llegó bastante después, autorizado por el emperador Vespasiano.

Finalmente, indicar que los primeros años del cristianismo en la Galia son oscuros. Los testimonios iniciales son tardíos, pues datan de los martirios de *Lugdunum* del 177, que conocemos gracias a que los cristianos de esa comunidad, y los de *Vienna* enviaron una larga carta en griego relatándolos a sus hermanos de Asia y Frigia (Eusebio, *Historia eclesiástica*). Así sabemos que había un obispo en la primera ciudad y un diácono en la segunda, al tiempo que demuestra una vinculación, quizás de origen, con las comunidades de Asia Menor. La hostilidad de la población provocó una fuerte represión el 177, con torturas y ejecuciones públicas en el anfiteatro de la ciudad. Tras estos sucesos pasó a ocupar la sede episcopal de *Lugdunum* otro emigrante de Asia, Ireneo. No conocemos mucho de esta fase del cristianismo galo. Como ocurrió en otras partes del Imperio, la Galia se vio fuertemente sacudida por la grandes persecuciones de mediados del s. III. De ellas tenemos algunos testimonios, como el del martirio de Saturnino, primer obispo de *Tolosa*, asesinado por la multitud, y de otros menos fidedignos que sitúan obispos, por lo menos, en París, Reims, Vienne y Tours. Estas noticias se completan con la procedente del 254, una vez acabada la persecución, cuando Faustino, obispo de Lyon, escribió a los obispos de Roma y de Cartago comentando el rigor con que el obispo de Arlés trataba a los cristianos que habían renegado durante la persecución de Decio (250-251).

Un factor que mide el grado de romanización es la pervivencia de la lengua celta. Hasta el siglo I d. C. hay documentos (calendario de Coligny, en celta y alfabeto latino; o las marcas de los alfareros galos firmadas con un *fecit* latino reemplazó al celta *avot* en ese siglo). No obstante, aunque desaparecen, la lengua sobrevivió mucho tiempo. Algunas palabras se incorporaron (p.e. la palabra celta *leuga* (legua), que aparece en miliarios del siglo III d C.). Ireneo, obispo de Lyon a fines del siglo II, reconocía que tenía que recurrir al celta para su apostolado. Fue tanto su arraigo que Septimio Severo autorizó a que se redactaran en celta los testamentos.

A diferencia de Hispania y de la Galia, Britania mantuvo por mucho tiempo su ancestral organización sociopolítica. Donde hubo escasa resistencia o colaboración Roma respetó el sistema tribal y a sus reyezuelos, cabeza de confederaciones de pueblos, que tan bien servían a los romanos para mantener el control interno y externo (*reges legati* o, quizás mejor, *reges magni*). En esta situación quedaron Cogidubnus, rey de los *regni*, Prasutagus, de los *icenios*, o Cartimandua, reina de los *brigantes*. El poder romano convirtió a estos jefes colaboracionistas en aristócratas locales, ricos terratenientes, poseedores de grandes *villae*. También, claro está, se incorporaron las gentes venidas de fuera, emigrantes romanos y veteranos del ejército. No parece que la esclavitud estuviera muy desarrollada y, más bien, fue la población local la que trabajaría en calidad de colonos o aparceros en las propiedades de la aristocracia, o como pastores de sus rebaños. El proceso de romanización empezó, como en otros lugares, por las élites. Julio Agrícola, gobernador entre el 78 y el 84, favoreció la construcción de foros, templos y casas, dando a los hijos de los jefes una educación clásica. En efecto, la aristocracia urbana contrató maestros, como Demetrio de Tarso, gramático griego amigo de Plutarco, que estuvo en Britania en esta época y dejó dos inscripciones en *Eburacum*. No obstante, la romanización no llegó, ni mucho menos, al grado que alcanzó en las otras provincias occidentales como se advierte en el número de senadores, muy pocos, y

de los que carecemos de certeza en su procedencia britana. Así, las únicas certezas se limitan hasta el momento a dos miembros de la familia de los Macrinos y tres de la de los Estatios, anteriormente caballeros, y todos procedentes de la colonia de *Camulodunum* del s. II d. C. Las demás ciudades britanas no presentan hasta el momento ningún senador.

En las creencias de la sociedad britana también se produjo la habitual mezcolanza de cultos y dioses indígenas con el panteón grecorromano y con las religiones orientales, vinculadas estas últimas, en buena medida, a las unidades auxiliares del ejército. Entre estas asimilaciones de diosas indígenas y romanos destacan *Mars Ocelus*, las diosas *Brigantia* y *Sulis* –que fueron asimiladas a Minerva–, *Tarvos Trigaranus*, o pequeñas deidades como los *Genii Cucullati*. Como en la Galia, el druidismo fue prohibido, y su gran centro en la isla de Mona (Anglesay), exterminado.

Del auge del culto al emperador da noticia una inscripción de Burdeos dedicada por un navegante británico, después de un viaje realizado en el 237, se presenta a sí mismo como *sevir augustalis* de las colonias de York y Lincoln. De los cultos de procedencia oriental la mejor constatación la tenemos en el templo de Mitra en *Londinium*. Como en todas partes, un elemento decisivo en el panorama religioso de Britania fue el culto imperial, presente en las ciudades importantes como expresión de la sumisión al poder central. Destaca sobre todo el gran templo de *Camulodunum* dedicado al fundador de la colonia y conquistador de la isla, el emperador Claudio. Como en la Galia, el objetivo era que los líderes de las tribus ocuparan el sumo sacerdocio lo que les confería un gran prestigio. El cristianismo debió penetrar en Britania con bastante retraso, en el siglo III, aunque no tenemos confirmación fidedigna de ello. Al sínodo de Arlés, del 314, asistieron obispos de Londres, York y Lincoln, acompañados de un presbítero y un diácono.

Juan José Seguí Marco